

10

CONFLUENCIA DE SABERES
Revista de Educación y Psicología

Año V - Septiembre 2024 ISSN: 2683-989X



EQUIPO EDITORIAL

- **Directora**
María José Laurente, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
- **Editoras Asociadas**
Fabiola Etchemaite, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Silvina Márquez, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
- **Editorxs de Secciones**
Lautaro Steimbregger, IPEHCS, CONICET-Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Beatriz Margarita Celada, IPEHCS, CONICET-Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Laura Cecilia Martin, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
María Laura Orlandini, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Danilo Jorge Sans, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
Florencia Scilipoti, Universidad Nacional del Comahue, Argentina
- **Secretarixs de Diseño y Corrección de Estilo**
Lautaro Steimbregger, IPEHCS, CONICET-Universidad Nacional del Comahue, Argentina
- **Editora Técnica**
Florencia Scilipoti, Universidad Nacional del Comahue, Argentina

REGISTROS ORALES

- **FACUNDO GIULIANO**

¿Uber-visión? Subversión de hilos formativos y complicidad comunal

- **EDUARDO LOZANO**

Discusiones didácticas y políticas sobre la enseñanza de las ciencias naturales en los primeros años de la universidad

¿Uber-visión? Subversión de hilos formativos y complicidad comunal¹

FACUNDO GIULIANO*

Recibido
04|06|24

Aceptado
30|07|24

Registros
orales

Esta textualidad compuesta de fragmentos involucra una conferencia conversacional, pensada a partir de preposiciones y espaciada de manera tal que, al compartir cada pasaje, se abran los sentidos a cualquiera de los/las presentes. Dicho esto a modo de puerta abierta que invita a entrar en conversación y que las preguntas o inquietudes no queden postergadas a un final dominado por la tiranía del tiempo cronológico. Cada preposición aloja implícita o explícitamente una gestualidad que se entrama con un abordaje crítico de la supervisión en lo que de mecanismo dominante demuestra y profundiza en las grietas que *dan* otras perspectivas a su ejercicio, intentando dislocar su sacralidad aplicativa del poder. En este sentido, se recurre al juego de traducción del prefijo *super* y titulamos la conferencia partiendo de la pregunta por la *Uber*-visión, ya que permite entrever, además de una anteposición jerarquizadora de cierta visualidad, una empresa extractiva de tiempo vital (como el educativo) en la forma de una aplicación transportadora de una razón estricta y flexiblemente evaluadora. ¿Será que *Uber* se realiza como paradigma pedagógico cada vez que una corporalidad del sistema educativo introyecta en su mirada este tipo de *visiones* funcionalistas, reticuladas, básicamente evaluadoras? ¿De qué maneras tejaremos el arte educativo de nuestro contrataque pedagógico y nuestra re-existencia comunal?

108

¹ Conferencia dictada el 11 de octubre de 2023 en el marco del 31° Congreso Internacional y Encuentro Nacional de Supervisores Docentes – CIENaSuD, Museo Nacional de Bellas Artes - Ciudad de Neuquén.

*Profesor (ISPJVG) e Investigador del Conicet. Doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires. Posdoctorado en Ciencias Humanas y Sociales por la Facultad de Filosofía y Letras–UBA. Autor de *Rebeliones éticas, palabras comunes* (2017), *¿Podemos pensar los no-europeos? Ética decolonial y geopolíticas del conocer* (2018), *Espejismos de la formación contemporánea: controversias del evaluar/eróticas del educar* (2022), *Contrafilosofías de la evaluación: pedagogías sin rendición* (2022). ORCID: 0000-0003-3404-1612. Correo electrónico: facundo.giuliano@bue.edu.ar

(Apertura)

A –también situada como dedicatoria y presente– Marcelo Lafón y Valeria Panozzo, genealogistas de luchas compartidas; Andrea Garro y Miguel Román, curandera y sanador de heridas técnicas; Araceli Manuel, cartógrafa pedagógica; a Cecilia González y Walter Marin Barros, que no descuidan el juego; con la alegría estudiantil de lo compartido² y gravitado por estas tierras, con el compromiso afectivo del andar docente por este pueblo.

Ante la invitación a venir entre ustedes, una manera de insinuar la palabra intervención y con ella otra preposición, varias sensaciones me invadieron por la fecha propuesta, último día libre de América (o el día previo a que estas tierras sean identificadas con ese nombre) hace exactamente 531 años, pero también por el lugar: Neuquén, palabra que a veces se deja leer de final a comienzo, ¿de atrás hacia adelante?, ¿del pasado hacia el presente? ¿Cómo no tentarse e intentarlo? ¿Cómo no entrar en el mapudungun³ y sentir lo correntoso de este suelo que se aloja en su palabra, o entrar por lo araucano en lo que aloja de atrevido y audaz? Otro nombre ineludible se me viene al cuerpo y a este encuentro tectónico: Fuentealba. ¿Será posible que este sinónimo de lucha combine en su nombre el lugar por donde nace, brota, emerge el agua y la primera luz del día antes que salga el sol? ¿Podremos tramar y recuperar hoy, aquí y ahora, ese tiempo liberado que transcurre desde que aparece cierta luz en el horizonte, cuando todavía no es de día, sin olvidar las fuentes de sangre que manchan nuestro archivo, pero se transfunden en nuestra praxis?

Bajo sospecha de no querer hacer la tarea de conferencista, se me ocurrió plantearles una conversación a partir de preposiciones. Es decir, dar vueltas juntos y juntas en torno a posiciones que gustan de las previas como formas de lubricar un encare de situación, no piensen mal, en el fondo también forma arte y parte de nuestra educación sexual integral. Yendo un poquito más allá, ¿por qué conversar a partir de preposiciones? No solo por escapar de prefijaciones pretenciosas y problemáticas en su altura moral, ya hablaremos de eso como de tantas otras cosas. Sobre todo, por subrayar lo que las preposiciones tienen de generosas en eso de establecer relaciones de (inter)dependencia entre dos o más –podríamos decir– palabras, pero también cuerpos, sentires, pensares, enseñanzas y andanzas vitales de la lengua.

² Además de las charlas acontecidas durante el período pandémico por el nuevo diseño curricular para la escuela secundaria neuquina (no olvido aquí a Gisela Branchini), evoco el curso de posgrado “*El lugar de la crítica en la educación contemporánea: de lo cosmético a lo político*” dictado entre agosto y septiembre de 2022 en la Universidad Nacional de la Patagonia Austral - Unidad Académica de Río Turbio (tampoco olvido aquí a Roberto Davies)

³ Se trata de la lengua mapuche, en dicha palabra conviven la *lengua de la tierra* con el habla de la gente.

Cabe aquí entonces asomar otras voces en esta vuelta o cita amorosa que nos junta, nos reúne y quizá nos propone una revuelta: escuchemos a Tununa Mercado y César González. La primera nos lleva a volar en *El vuelo de la pluma* y en ese viaje que implica una abertura sin puerta, también enseña:

El testimonio es un vasto y minucioso bordado de hechos, sentimientos y reflexiones, que reconstruye en cada hábito y en cada práctica social que describe, un universo cuya extinción se cierne como una amenaza. (...) La muerte circula por él tanto como la vida, una y otra fundidas en un doble gesto de preservación de lo que mantiene fuertemente a una cultura y de esperanza de una existencia en la que esa cultura volverá a ser exaltada en su verdad y sabiduría. Hay allí un trayecto hacia algo, una apuesta permanente de refundación que da esperanzas pese a su patetismo, que devuelve la fe pese a que todo se crea perdido en cada recodo del camino (Mercado, 2021, pp. 101-102).

Con César González puede estallar nuestra manera de vivir o, mínimamente, subvertir nuestros hilos formativos de manera tal que hagamos fuerzas por nunca –o nunca más– pertenecer a *La banda de los elevados*. Escuchemos al poeta y cineasta villero, qué nos dice:

No quiero procrear / nuevos rehenes. / En los sueños a la montaña / la contemplo desde la muerte / mirarla es mi santa victoria / pero me responden que lo importante / es llegar a la cima / para entender a la montaña / hay que olvidarla / el organismo se enferma / ante lo más nimio / todos tienen su épica / desde antes de internarse. (González, 2021, p. 47)

Qué peligro hay en las cúspides del olvido, que no suele escucharse lo que viene de abajo y dice: “Corazones reducidos a una estadística / y a una jerarquía nupcial. / El mercado de la morgue, / hasta en los gusanos de tu cuerpo / está la lucha de clases” (González, 2021, p. 49). Así acerquemos la *Retórica al suspiro de queja* y pido por favor a ustedes que recuerden, o que me pidan luego, leer *Lo que tengo* y el poema *¿Quién soy?* qué podemos plantar en una constante primera del plural, herida y desigual.

Contra también es el prefijo que se me vino, o me eligió, como primera conjunción de letras que abre el título de un libro reciente y plantea un neologismo nada caprichoso. *Contrafilosofías de la evaluación: pedagogías sin rendición* emergió casi como una fórmula inseparable que insinúa una trama insumisa e irreverente de gentes que hicieron y hacemos escuela sin rendirnos, sin preocuparnos por el rendimiento, sin entregarnos a la trampa del funcionamiento. Recuerdo aquí una enseñanza psicoanalítica: el *sujeto* en cuanto tal “es algo

diferente de un organismo que se adapta” (De Lajonquière, 1996, p. 20). Existir no es lo mismo que funcionar, esto último no entraña riesgos, sino certezas. Por eso educar, al igual que enseñar, no es evaluar: vaya trampa moderna/colonial que tiene cautiva a la subjetividad con la ficción de que sería un individuo con aprendizajes por demostrar. Hace más de veinte siglos que nadie sabe cómo aprende alguien. Pero hace más de cinco que se nos quiere convencer, ego-pedagogías o pedagogías del ego mediante, que a este mundo vinimos a aprender de una vez y para siempre, que el aprendizaje es demostrable si no se quiere perecer o morir en el intento, que el aprendizaje es medible y comparable, que puede olvidarse que el aprender (como han dicho aquí en Neuquén) es movimiento y por eso todo intento de fotografiarlo saldrá movido (enseñando que todo dispositivo fracasa sobre él, como la cámara del celular cuando con ella se intenta captar –o capturar– la luna). Tal vez habría que oponer la noción de aprender a la de aprendizaje, más en esta época en que esta última se ha tornado unidad de medida del capitalismo cognitivo. No es tiempo de buscar en la disciplina (llámese psicología, sociología o filosofía incluso) una nueva definición, sino de andar los senderos pedagógicos e indisciplinados de la poesía que enseña. Por ejemplo, en el *tiempo propio* de Susana Thénon (2022) que dice:

Debe aprender su tiempo, / su morir, una nueva infancia, / para que pueda decir sí, / estoy de pie / frente a la tierra que me mira. / Debe auscultar la razón del polvo / y la noche, debe cavar en su memoria / hasta extraer un niño claro / y solo entonces / volver a andar sin miedo / entre escarpas, / sobre espinas y nieve, / ya que a su paso dio / toda la sangre que tenía. (p. 172)

De lo que se trata, tal vez, es de salir del Yo que han cimentado las ego-pedagogías de la modernidad/colonialidad: ego *conquiro*, ego *iudex*, ego *cogito*; Yo conquisto (Colón en 1492), Yo juzgo (Montaigne en 1580), Yo pienso (Descartes en 1637). Esta es nuestra lucha y nuestra conversación abierta con Enrique Dussel y Nelson Maldonado-Torres. Y hoy invito a ustedes no solo a que se unan a nuestra lucha, sino a que también participen de esta conversación en cada andar y desandar que compartan. Desde nuestras latitudes, la modernidad no es un momento histórico ni una mera cristalización de una actitud, es una retórica que nos atraviesa y busca controlarnos mediante la colonialidad. Y agregaré algo más, precisando dos nociones de cosecha propia entramada en una comunalidad abierta que ha hecho más fértil nuestra tierra: la *colonialidad pedagógica*, que es la principal productora de la *razón evaluadora*.

Desde hace algunos años asistimos, con una perplejidad más o menos manifiesta, a la sensación cultural, pedagógica y política de percibir a ‘lo público’ en jaque. Los discursos y fantasías del rimbombante ‘jaque mate’ se hallan a un clic de distancia en el zapping cotidiano

de televisiones, radiofonías persistentes, o nuevos canales de *streaming* con audiencias y miradas sin diferencias, pero con algo de Uber en las conciencias. ¿De qué va esto? Se trata de algo más que el simple nombre de una aplicación sintomática que entró a los países como a la vida cotidiana de las urbes sin regulación alguna, aunque con toda impunidad de llevarse cuantiosas ganancias a costa de gente dispuesta a vender su tiempo libre o su tiempo laboral completo (vehículo mediante) a un dispositivo aceitado. Uber es también el *prefijo* que garantiza la superioridad de *un* sentido, una visión por sobre las demás que no es patrimonio de una estricta función. Puede ser un paradigma pedagógico y estético que encuentra en los jesuitas y en Bentham genealogías avistables. Aquello que está fijado de antemano y puede involucrar un anglicismo sin traducir, aloja motivos que se (re)actualizan en la visión precedida por una superioridad sistémica a horadar si no se quiere habitar una aplicación transportadora de una razón estricta y flexiblemente evaluadora. ¿O acaso, después de todo viaje por las calles del sistema educativo, lo que sobreviene como *requerimiento* de la aplicación (super/Uber) visual no es una obligada evaluación de la conducción, del diálogo, del trayecto y sus objetivos, del ambiente y sus componentes? La metáfora pareciera coincidir con asistencia perfecta a la realidad de un tipo de racionalidad lo suficientemente diseminada y legitimada en la formación contemporánea: la de la evaluación, que determina el *modus operandi* de toda visión que aspira a garantizar (o automatizar) seguridades como control de calidades.

Durante esta charla abordamos estos asuntos con la inclinación de quien anda nomás un poco precavido por lo circundante en las urbes y en los oficios educativos, pero también con la atención puesta en las implicancias de quien pretende moverse entre el *auto* (de autoaprendizaje, autoevaluación, automatismo) y los colectivos (de indígenas, mujeres, disidencias) sin convertirse en mecánico... ¿Será que Uber se realiza como paradigma pedagógico cada vez que una corporalidad del sistema educativo introyecta en su mirada este tipo de visiones funcionalistas, reticuladas, básicamente evaluadoras? ¿puede hablarse entonces de Uber-visión o de Uber-visores? Si es cierto que en las últimas décadas la producción cinematográfica dominante ha esperado y espera de sus espectadores una sola respuesta condensada en la onomatopeya “¡Guuuu!”, ¿de qué maneras tejaremos el arte educativo de nuestro contrataque pedagógico y nuestra re-existencia comunal? Veremos así cómo continuar...

En la trampa, se titula uno de los libros de Herta Müller (2015), gran poeta y ensayista rumana que tuvo la suerte de conocer en Córdoba a Silvia Barei, gran poeta y ensayista de las nuestras que nos enseñó aquello de que “Buscando el lugar que no está / andamos el camino /

y nunca vemos el mismo sol” (1996, p.15), lo que por esas derivas de la historia puede recordarnos a Stefan Zweig cuando visitó a Deodoro Roca en la ciudad cuna de la Reforma. Me gustan las visitas, cuando no hay razones zoológicas y gente desde lejos viene a vernos (imagínense los nervios si dijéramos “supervisarnos”), a conversar y a compartir tiempo vital. Y este introito no quisiera desviarse tanto más del inicio del fragmento. *En la trampa*, nos enseña cuatro tipos de relaciones con un régimen opresivo, que también son cuatro maneras de comportarse en función del mismo.

Entre nos, me encantaría compartirles estos cuatro tipos de relaciones y de comportamiento porque a lo mejor permite sembrar algunos temblores bajo los imperativos del funcionamiento al que quizá puedan estar emparentados o emparentadas.

La primera de ellas supone una *actitud constructiva* a su interior e involucra ponerse a disposición del régimen sin que sea requerido, lo cual se hace *para* alcanzar una posición privilegiada frente al resto y, en medio del interés voluntarista, entra en escena el deseo de reconocimiento y de convertirse en autoridad mandona, más precisamente en un *verdugo sin miedo*, motivo por el que llama la atención como muestra de que es alguien de fiar y quiere por ello su recompensa. Si esta manera queda manifiesta porque *construye* una trampa, la segunda se caracteriza por *hacerla funcionar*: se pide expresamente colaboración y entra en juego la inseguridad a pesar de que quien colabore no tarde en hacerse de la situación, lo que le constituye un *verdugo con miedo* que, precisamente por eso, realiza su trabajo con gran empeño, se adelanta a sus obligaciones, se mantiene cerca de la trampa haciéndola funcionar incluso cuando nadie se lo pida y después dirá que lo único que hizo fue “cumplir órdenes”. La tercera involucra una inclinación a colaborar, pero que nunca resultará requerida: esta relación constituye al *simpatizante* que, aunque evita la cercanía de la trampa –consciente de que solo cae en ella quien se acerca demasiado–, no dudará en encogerse de hombros y decir que las cosas no son “tan terribles”. Quien no presta colaboración entra en la *renegación* y comienza a ser percibido/a como enemigo del régimen, de manera que tanto verdugos con miedo como sin miedo se lo toman como una provocación personal y es para este tipo de personajes, renegados y renegadas, que la trampa está construida. Los simpatizantes los ven y pueden hasta sentir compasión, pero evitan el contacto, así como el trato que les propicien los verdugos actúa como medida testimonial que indica cuánto de fiar son para el régimen (Giuliano, 2022a, pp 23-24).

¿Hacia dónde vamos? No sé, nadie sabe, nadie puede saber a ciencia cierta e incierta. No hay lugar desde donde mirar que garantice una travesía sin riesgos. Por más que parecieran tenerlo claro las bibliografías repetitivas y carentes de imaginación en torno a la supervisión, sus

índices, como si estuviéramos hablando de sus dedos, no se privan de la rectitud obvia, rigurosa, sentenciosa y pretenciosa que conduce a la razón de la evaluación: relaciones costo-beneficio, competencia y rendimiento, medición múltiple, validez de predicción, planificación, simulación, impostura, examinación, juicio, manejos, calidad, comparación, cosificación, normalización, clasificación, *casificación* (hacer de la singularidad un caso objetivable, reductible, resoluble), contratar y destratar en lugar de tratar...

Desmontar su gran operación convoca los deseos de romper las mascarillas actorales, incluida la máscara propia, con tal de ver lo que hay debajo y mirarse a cara limpia en algún espejo terrible, porque algo de liturgia hay en la farsa. También no poco de infancia, esa viveza nutrida de una temporalidad no cronológica que a veces anda presa bajo máscaras adultas y adustas, aunque otras veces anda catita y meneando a flor de piel en algún gesto acrónico siempre contemporáneo. Por eso tal vez todo accionar opresivo sea un atentado a la infancia como sustantivo colectivo de enseñanza y una definición de verdugo tal vez sea “aquel que ha sido tomado por su máscara y ha dejado enterrada su infancia en el patio de una escuela olvidada” (Giuliano, 2022a, p. 26).

Hasta un amigo con las mejores intenciones cayó en la trampa a la que hicimos referencia y a la que buena parte de las pedagogías gozan alimentando. Hizo un librito simpático en torno al (des)orden de méritos, situado entre la filosofía de la educación y la cultura popular. El problemita sobrevino cuando se metió a navegar por las introducciones a la supervisión y sus tecnologías respectivas, viendo que siempre ha estado aliada a la evaluación y la mirada meduseana⁴, históricamente petrificante de la subjetividad que en ella sus ojos posara, se dejó seducir y entró sin dejar miguitas de pan como para volver a salir. Vio que las referencias hablaban de encuentros sinérgicos entre observadores y observados, que podía esbozarse un liderazgo potenciador por sobre la intimidación disciplinaria, que el imaginario de “coordinación y estímulo” podría estar ganándole terreno al del control. Así que, encandilado por alguna retórica de la potencia educativa, inscribió la *función utópica* (algo que ineludiblemente necesitamos repensar en nuestra praxis) en una especie de control benévolo, *buenedo* diría alguno, colocando la idea de liberación entre las comillas que el miedo al pifie, al jugarse – ¿o a la posterior supervisión? – suelen generar. No estoy seguro, como él, que la supervisión no

⁴ Una pequeña gestualidad mitológica: Medusa era un monstruo femenino del inframundo, a la que Caravaggio pintó y Bernini esculpió, caracterizada por tener serpientes en lugar de cabellos y la maldición de convertir en piedra a quien mire sus ojos. Una alteridad tal que no es posible mirarla sin morir. Poco se dice de que fue una humana, convertida en monstruo por Atenea luego de ser violada por Poseidón. Da qué pensar sobre la cadena moral circular: violación-evaluación-conversión-castigo-petrificación...

pueda confundirse con la inspección y la vigilia que se hace vigilancia de objetivos, por algo están en el mismo campo semántico e incluso, en algunas provincias, supervisar es *lo mismo* que inspeccionar. Acierta, en cambio, cuando avista el peligro de la reducción de horizontes subjetivos de encuentro por la visión que visita “desde arriba” e intimida la creatividad local por un proceso de gestión global.

Mediante el peso de la ley o del reglamento se pueden echar a perder los frutos de toda imaginación transgresiva y superponer el vértice de cierta pirámide social que pincha a lo que está por abajo, sin atender que ahí se están tejiendo los versos que serán poema. De ahí que lo subversivo funde otra poética: otra visión, otra escucha y otro sentir del mundo desde lo que estaría topológicamente sumergido. De ahí el peligro de que quien supervisa *funcione* como un “emisario del bien” al servicio de un *statu quo* cuya alteración suele ser incondicionalmente demonizada, como si fueran agentes de control en contra del “caos” y deban inspeccionar como detectores de contravenciones. Mi amigo, aun estando de acuerdo con este diagnóstico del problema, planteó como deseable una evaluación *tonificante*, como si este adjetivo pudiera neutralizar -o convertir en lo contrario- lo que ella tiene de colonialidad, es decir, de compulsión al visto bueno, a la competencia por el “premio” a la reproducción robótica del orden planificado y el castigo de todo desvío por virtuoso que sea. La vida encerrada en las celdas del costo-beneficio, del mezquino toma y daca, del “nadie me regaló nada” (pobre gente, que seguro habrá pagado muy caro su ingreso a la lengua materna). ¿Asumimos sin más o sin mayor incomodidad la conveniencia de plantar una nueva dicotomía que se dirima entre una supervisión normalizadora y una supervisión utópica o potenciadora? Ciertos psicoanálisis han enseñado que *supervisar* implica otra manera de poner el cuerpo: escuchar lo escuchado, escuchar la escucha, sentir lo sentido, estar a la escucha de la mirada y ponerle rostro a una escena fantasmática. La intervención conversada, el venir entre pares de enseñanza, no proyecta bancariamente una operación que fiscalizaría un depósito, sino que habilita una nueva (otra, podemos decir) lectura. Por esto auditar no es escuchar. Las orejas no tienen párpados y sufren la intemperie, por ellas pasan los límites a tensionar desde adentro por la vibración del tiempo y, desde allí, liberar el deseo puede invitar a desobediencias fundamentales en términos epistémicos, pedagógicos, *estéticos*.

Para no olvidar, se titula un libro fragmentario de Clarice. Pero lo evoco no por ella, sino por otra mujer, afro-desconocida, de las favelas brasileras, del cuarto despellejado del mundo que hizo tierra poética del propio infierno. Fue de las poetisas que entendió que su función era enfrentarse a la muerte si veía a su pueblo oprimido. Fue de las que sentía “ser alguien” cuando

podía llenar los cuatro platos de sus hijos. La que cuando era niña quería ser hombre para defender a su país, porque leía solo nombres masculinos en la Historia de su patria. La misma que corría el arcoíris, pero este se distanciaba como los políticos de su pueblo. La que descubrió horas felices cuando residía en castillos imaginarios y la que percibió la mentira cuando el blanco se decía superior: “la naturaleza no selecciona a nadie” (de Jesús, 2021, p. 89), dijo. Pues el blanco y el negro sienten hambre y se enferman por igual. Se llamó Carolina María de Jesús y no se cansó de pensar-poetizar en su *Cuarto de deshechos*.

Por ella y por tantas ellas nos asalta la fortuna, no es que apenas haya un escote en fuga en el sistema, sino que hay una valija guardada por ser abierta. Esta puede ser la historia del genealogista y su compañera filósofa que le dejó un mundo donde caben muchos mundos. ¿Quién hará germinar pedagogías allí donde alguien dejó semillas de poema? ¿Alguien en la sala con ganas de tocar la tierra? No sé si quienes están hoy aquí han regado la tierra de sus plantas, pero ojalá no se olviden removerles la tierra de vez en cuando. Tal vez precisamente cuando todo parece bastante encaminado...

Según una gran profesora y poeta de estos sabios suelos, si nos ponen un muro enfrente podemos treparlo y ver el horizonte con tal de mirarnos en un espejo que agigante los deseos más grandes (libertad, vida, alegría) y los deseos más pequeños (paz, pan, trabajo). Enseñó que en los ojos también puede leerse la lucha y la vuelta, la revuelta que con uñas y dientes permitió escribir la historia en las paredes de la escuela, derribar las “murallas de torpe indiferencia / de desaliento fétido / de ideas” (Nieto, 2015, p. 355). Ahora, trepándonos al muro podemos estar siendo muchos lápices, pinceles, lloviendo y soleando, o “de polvo y espanto / nos vestimos / y dejamos el pellejo / por el amor / y los amigos” (Nieto, *ibidem*). Antes de clase, durante clases, después *de muros y murallas* con Cristina Nieto.

Sin rendición son las pedagogías que no a pocas y pocos docentes le conciernen realmente: la lista puede ser larga, desde quienes tomaron un poemario por pensar desde allí otra escuela y con ella sus pedagogías, hasta quienes navegan por las memorias de formación ajenas en busca de signos que digan algo a las nuestras. Dos nombres, dos pistas: Hermina Brumana y Ngugi wa Thiong’o.

So pretexto de no estar convidando suficientes preguntas, agreguemos algunas de esas que no se responden con inteligencia artificial, ni *power points*, ni *power rangers*:

¿Dónde naufraga una cabeza cuando se pierde separada del cuerpo que le da soporte?
¿En qué lugar reside la exigencia de perder la piel y acampar a solas con el alma?

¿Existirá filtro que absorba las distancias desigualitarias y acreciente la sed de todo lo imposible? ¿Podremos recuperar el erotismo perdido en el acto de educar o tal vez restituir la erótica negada de nuestra formación en otras formaciones que vendrán? ¿O será que, entre las mutaciones de la realidad y el deseo, una erótica de la educación traza *el milagro al revés, la comunión tan solo en lo imposible?*. (Giuliano, 2022b, p. 20)

Sobre espejismos de la formación contemporánea se guardan las controversias del evaluar, pero también las eróticas del educar que implican los *aprendimientos* –que poetizó Manoel de Barros. Tal vez porque en ellos radica el intento de un miramiento oblicuo:

(...) las hojas de los árboles que enseñan a caer sin alardes, la exuberancia que enseñan los insectos, el pequeño grillo que desarma los silencios de una noche, los fósiles lingüísticos que renuevan la poesía, el encanto poético que proviene de las raíces del habla, la multiplicación de la quimera por cero que da un lenguaje de suelo, beber de las fuentes andariegas que transmuda viajes e inventa caminos (no sabiendo a dónde se llega, pero llegando siempre sorpresa), hacer otros tipos de travesura cual infancia libre de comparabilidad. (Giuliano, 2022a, p. 23)

(Como si viésemos venir el telón...)

Tras la falsa alegría de haber cumplido un objetivo y haber llegado al rédito, al crédito y a la ganancia, se esconde el secuestro de la impotencia en el sentido de privarnos de la experiencia de lo que podemos no hacer. Lo cual muchas veces hace caer en el engaño de creerse capaz de todo y repetir el irresponsable «si se puede». Separarse de la propia impotencia disipa, no solo la fuerza de resistir, sino de re-existir. Esto forma parte de todo arte educativo en que se juega la bella imprudencia de creer que el mundo no asistirá a momentos mejores, mientras se cuidan las imágenes más arrojadas de lo político y se ejerce la crítica como forma de valentía que nuclea la curiosidad y la creación, la controversia de lo estable y lo contingente, la atracción y la distancia, “la confrontación de ciertas seguridades y de ciertas incertidumbres” (Barei, 1998, p. 11).

Si acaso esto sea lo poco que queda, esa inquebrantable creencia pedagógica o este insistente amor *udrí*⁵ e igualitario tal vez llegarían a traducir los vínculos con todo lo

⁵ Si hablamos de geopolítica del conocimiento afectivo, la expresión “amor *udrí*” nos sitúa en relación con la poética árabe de origen yemení que figura el romance compuesto por alguien de una posición humilde y alguien de una posición social más elevada, lo cual hace jugar un antagonismo atrayente que media en

imposible. A lo mejor, si alcanzáramos a ver la oscuridad detrás de las iluminadas puertas, una señal sanguínea confirmaría nuestra pasión por todo lo imposible que se revela (y se rebela) en nuestra formación contemporánea: trama inquieta y frágil alimentada por la hermosura de un claroscuro inmortal. (Giuliano, 2022b, p. 25)

Versus. ¿Cuáles son nuestros *versus*? ¿Qué combates y enfrentamientos deseamos dar? ¿Qué generosidad se guarda en el acto de *dar* batalla? ¿Será algo así como dar lo imposible de tener? ¿Lo imposible de detener? ¿Qué luchas podemos trazar con los hilos de nuestra formación que se descosieron en el trájín? O mejor: ¿quién se anima a subvertir los hilos de su formación? Aquí tal vez radiquen las diferencias entre emancipación y liberación que nuestras latitudes tensionan o exponen: *emanciparse* puede significar emerger de la misma trama con los mismos hilos o bajo la misma mano que los tejió perviviendo virtualmente en su hechura, pero *liberarse* quizá significa desentramar y volver a tramar, resurgir desde otra trama, re-existir de los hilos que fueron ocultos, marginados, enterrados, re-emerger del suelo que se supuso tapa. Leopoldo Marechal (1994) lo ha dicho y hecho a través de Megafón con tal de no morir de pedagogía:

Lo que me cansa es esta sucesión de gestos que uno cumple y hace cumplir a los demás inexorablemente. (...) Una vocación del teatro que nos empuja todos los días a las tablas y nos ordena un mutis todas las noches. Y uno se resiste a entrar en escena; pero una vez allá colabora en ese juego de fantasmas iluminados, ¡y cómo!. (p. 101)

Así hay quienes quieren atajar las docencias de la demolición libre, insinuada y precisa. Docencias amantes del escombro. En la rotura de sus adaptaciones y en el patético sainete de sus idiomas: “llegan como el otoño, / repletos de semilla, / vestidos de hoja muerta”. (Marechal, 1994, p. 144)

Vía de complicidad comunal es la que se entrama (vaya linda conjunción la que surge del entre y del amar) en la noción *kume mogñen*, propia del amplio pueblo mapuche que enseña otro horizonte del buen vivir, que implica la interdependencia entre nuestra singularidad, la

un terreno de imposibilidades donde cierta distancia y lo onírico son sedes de realización de la pasión espiritual en el bosque sentimental. En nuestra cultura popular, la canción Ocho cuarenta del cantante cordobés Rodrigo enseña ejemplos de cómo lo imposible acontece cuando se trama el amor sobre toda diferencia social. Por otra parte, llegamos a esta reflexión en conversación con Tununa Mercado (2006) que plantó esta cuestión no como una diferencia marcada por contrarios ni formas “androides cuya diversidad binaria tranquiliza a la razón” (p. 148), sino como lo que desmejora hasta la extinción y, de pronto, renace, “se reproduce, repta, avanza, se tensa en su urdimbre para recibir todas las luchas y acoger todas las tramas” (p. 150), sin ningún preconcepto asalta en lo igual la diferencia, sus terminaciones se agolpan en ese espacio donde todo será tacto, permanencia, deseo sin término.

comunidad y el mundo-ambiente. Este ecosistema carece de un marco normativo que codifique algún tipo de castigo, pero sí ubica al cuidado en su centro que se constituye de lo comunitario, lo espiritual y lo ambiental. La armonía aquí es la musa, antesala de la música o su pata constitutiva. Sin ella emergen las ausencias del sentido de vivir en comunidad y de la experiencia vital: sustrae el placer de quienes todavía podemos decir que vivimos y podemos bailar... La humanidad zombi o *automatizada* a la que se nos impele cada día a conformar no soporta vitalismos, entonces se pregona el fin del mundo como una posibilidad de quitarle el/los sueño/s a la gente. La descolonialidad nos quita de los plañidos europeos que, precisamente por el declive del pensamiento occidental, lamentan la supuesta desaparición de todo significativo ilustrado que alguna vez les favoreció en su propia clave moderna/colonial (así es que aparecen elogios como elegías de la escuela, del estudio, del profesor). Por esto, frente a las retóricas del fin (del mundo, de la vida, de los sueños y los lugares que nos convidaron tiempo), recordaré mi encuentro con Ailton Krenak (2019) y las ideas para postergar todo pretensioso fin: narrar otra historia, vivir la experiencia de nuestra propia travesía por el mundo como fricción y fruición de entramarnos unos con otros, unes con otras, o tres con unas; luchar cuerpo a cuerpo, con movimientos internos lentos y fluidos, alimentarnos de la poesía que alimentó la re-existencia de nuestros pueblos originarios. Sentir, pensar y vivir el espacio no como un lugar confinado, sino como partícula del cosmos donde se puede *suspender el cielo* y ampliar nuestro horizonte: cuidado, el existencial y no el prospectivo. El tiempo actual, voraz y crónico, instala el ansia por consumir la tierra tanto como las sensibilidades: aquí nos jugamos la vida entonces con la libertad que somos capaces de inventar conjuntamente, porque no podemos presuponerla y menos dejársela al mercado. Ya que la biósfera está siendo asaltada de una manera tan indefendible, por lo menos intentemos mantener nuestras sensibilidades, es decir, nuestras alteridades, nuestras visiones, nuestras escuchas, nuestras poéticas de la existencia. Si intentamos anudar diferencias que guían nuestra cartografía vital, tal vez se pueda des-homogeneizar (y recuperar) nuestra alegría de vivir, de sentir, de pensar. Y con esto asomo la pregunta de partida: ¿pueden ser supervisados los pájaros? Gracias por compartir este viaje.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barei, S. (1996). *De humana condición*. Alción.
- Barei, S. (1998). *Teoría de la crítica*. Alción.
- De Jesús, C. M. (2021). *Cuarto de desechos y otras obras*. Madacarú.
- De Lajonquière, L. (1996). *De Piaget a Freud: para repensar los aprendizajes. La (psico)pedagogía entre el conocimiento y el saber*. Nueva Visión.
- Giuliano, F. (2022a). *Contrafilosofías de la evaluación: pedagogías sin rendición*. Miño y Dávila.
- Giuliano, F. (2022b). *Espejismos de la formación contemporánea: controversias del evaluar / eróticas del educar*. Lugar editorial.
- González, C. (2021). *Rectángulo y flecha*. Continente.
- Krenak, A. (2019). *Ideias para adiar o fim do mundo*. Companhia das Letras.
- Marechal, L. (1994 [1970]). *Megafón, o la guerra*. Planeta.
- Mercado, T. (2006 [1988]). *Canon de alcoba*. Seix Barral.
- Mercado, T. (2021). *El vuelo de la pluma*. Miluno.
- Müller, H. (2015). *En la trampa: tres ensayos*. Siruela.
- Nieto, C. (2015). *La chica de la valija*. Escote en Fuga.
- Thénon, S. (2022). *Paraíso de nadie*. Corregidor.

confluenciadesaberesface@gmail.com